

LEYENDAS

URBANAS



### *la Niña de la Puebla*

Soñar es importante, pero vivir es necesario.

*Es posible que estés triste, que te deprimas, que sientas que estás solo, muy solo. Todo da vueltas, muchas vueltas, el túnel es muy largo, no sabes cómo vas a salir de aquí. Sabes que pueden ser tus últimos minutos ¡y te quedan tantas cosas por hacer! No has vivido nada, no has atrapado el mundo en un vas, sólo has bebido un sorbo. No has marcado nada ni a nadie. Puedes desaparecer y nadie te echaría de menos, sólo yo, y apenas conoces mi existencia, no sabes quién soy ni cómo soy.*

Yo sí sé quién eres, te he visto cientos de veces, he seguido el rastro de tu perfume, incluso en el metro es posible, y es muy difícil con la mezcla de olores tan diferentes, te lo aseguro. Conozco muchos detalles, o tal vez algunos, que tú no puedes sospechar.

Siempre vas despistada, tal vez pensando, te vas recomponiendo la ropa, sujetando el pañuelo, palpando el bolso, asegurándote de que están las llaves, el monedero, la compresa, y las mil y una cosas que pueden caber en un bolso femenino. Tu despiste es peligroso, a veces los coches han estado a punto de atropellarte o de caer en un agujero, incluso una vez en la calle, te empujé un poco para evitar que un autobús te golpeará al girar.

El otro día, me causó una impresión horrorosa: estabas allí, tumbada en aquella camilla de hospital, tapada únicamente por una sábana blanca. Por primera vez nos miramos a los ojos, y me perdí en esos ojos tan negros y profundos, tan grandes, no sabía que fueran tan hermosos. Me miraste con curiosidad, luego con terror, con miedo, tu rostro iba cambiando a una gran velocidad, y yo me preguntaba qué estaría ocurriendo en tu cerebro.

Menudo susto, mi dama negra, la chica más misteriosa del barrio, mi musa secreta estaba en un pasillo, camino de una sala de operaciones del Gran Hospital Central y no sé por qué ni para qué, yo sólo estaba allí, por azar, cubriendo una suplencia del servicio de limpieza. No entiendo nada de la organización de los hospitales ni de medicina. Un encuentro insospechado.

Mi trabajo consiste en limpiar las cuatro entradas de una estación de metro, primero el suelo y las papeleras, luego cristales y pasamanos, después, vuelta a empezar. Siempre es lo mismo. Trabajo solo, no tengo ningún compañero que me ayude en este monótono trabajo. Mientras rutinariamente hago estas labores, observo, miro, descubro rostros nuevos, algunos son familiares, muy familiares: vienen todos los días, como él de la dama negra. La llamo así porque sus ropas son oscuras y muchas veces combinadas con el negro. Tiene un aire tímido, soñador, camina con gracia, debe de ir imaginando historias como yo. Nadie me presenta a las personas que pasan por allí, ¿dónde van? ¿Qué hacen? Así que yo les pongo nombres y les imagino historias, a unos turbias, a otros felices. ¿Cómo serán de verdad estas personas? Imagino que son alegres, simpáticos, o incluso malvados y siniestros. Es un mundo irreal, pero por el cual a veces me preocupo y confundo con la realidad. ¿Qué es lo real? ¿Aquello que imagino y sueño o aquello que malvivo?

De todas mis historias y de mis personajes imaginados, prefiero a la dama negra. Toma el metro todas las mañanas, no es puntual a veces va retrasada, supongo que para ir a trabajar. No sé cuándo vuelve de regreso, aunque una tarde que cubrí ese turno la vi volver. No sé si tiene marido, o novio, o si vive sola, o con amigas o tal vez con sus padres. No me importa.

Me imagino que toma whisky con hielo, sin mezclarlo con nada, lo sé. Le gustan las canciones de un viejo disco doble llamado "Lady sings the blues". Lo pide cuando va al pub de la esquina, el pub de siempre. Los chicos de la barra, que la conocen, le ponen su música y siempre le hacen una seña. Es maravilloso escuchar a Billie Holiday, a Ella Fitzgerald, con sus "Night And Day" y "Summertime"; Nora Jones y su "Don't Know Why"; Dinah Washington, con su "Mad About The Boy" y sobre todo, "Fever" de Peggy Lee, es su canción preferida. Es una selección magnífica. Pasan las horas sin que nos demos cuenta, son momentos mágicos. Escuchar las canciones, hablar y soñar con nuevos proyectos, con ilusiones. Le gusta beber en compañía, en buena compañía, con sus colegas, aunque hay alguna harpía que no la quiere bien....., bueno, eso es sólo una impresión mía, imaginaciones. ¿Lo sé por algo o lo he soñado?

El otro día, cuando la vi en el hospital, pensé: hemos vivido así, sin decirnos nada, acariciándote con mi mirada, escribiendo poemas clandestinos, soñando con una voz que desconozco. Podría ser que la realidad fuera muy dura y el mito cayera al suelo

con estrépito. Puede ser, por eso tal vez nunca te he dicho nada. Esto no puede seguir así. La próxima vez que la encuentre en el metro, le digo que la vi en el hospital, pero.....no, es insuficiente, le quiero decir, le debo decir ¿qué la quiero? ¿Qué le puedo decir? ....que la quiero conocer, eso es, lo primero es que la quiero conocer. Me lo tengo que grabar en la memoria, a la dama negra le tengo que decir, se lo debía decir ahora, ya. La puerta de su habitación está cerrada, si no fuera tan pusilánime y tímido, empujaría la puerta y diría, hola, ¿cómo estás? Parece que hay médicos dentro de la habitación. Esperaré.

Alguien se puede preguntar a estas alturas del relato que, ¿Cómo llegué a trabajar en la limpieza del metro? Eso es otra historia que contaré otro día, hoy no importa. No tiene interés, como tantos otros, trabajas en lo que puedes, no es para aquello que estudiaste, te preparaste o soñaste. Trabajamos en lo que podemos, y yo trabajo y.....sueño, sueño mucho con los ojos abiertos, vivo en mi mundo imaginario.

*Me daba todo igual, pero cuando me inyectaron la anestesia tuve miedo, podía morir como en aquella película que vi hace años y que ahora recuerdo perfectamente. Se trataba de unos médicos malos que anestesiaban mal a los pacientes y estos fallecían, después traficaban con sus órganos. Creo que choqué con un camión. Estaba deprimida, y sin embargo no quería morir, tenía miedo. Ahora no estoy bien, aún me duele la cabeza y la garganta, no recuerdo nada. ¡O sí! Recuerdo que cuando me llevaban por un pasillo, durante un momento vi al hombre del metro. El hombre misterioso del metro, nadie sabe nada de él, nunca se lo he contado a ninguna amiga. Es un hombre que limpia todas las mañanas en el metro, está siempre pensativo, tal vez sea un escritor o un poeta anónimo, tiene esas pintas. Una especie de Fernando Pessoa o Frank Kafka, alguien un poco clandestino. Una persona que durante su trabajo aspira las vidas de todo aquello que le rodea. Me lo imagino por las noches, sentado en un café, solo, tomando una copa, o tal vez rodeado de amigos artistas como él, bohemios. Habrá escrito libros, e incluso es posible que haya ganado premios literarios de poca importancia, pero no es nada famoso, ni siquiera en el barrio o en el trabajo conocen esta faceta tan personal. También es posible que sea un hombre grosero, vulgar, alguien completamente vacío que no se plantea nada, no lo parece. ¿Quién será? ¿Cómo es?*

*Eso pensaba, ahora todo da igual, la policía me ha visitado, me han hecho preguntas y volverán más veces, quieren interrogarme en profundidad. Mi casa la registrarán, la pondrán patas arriba. Es posible que me detengan. Que me procesen. Da igual. Tengo la conciencia tranquila, sólo estoy algo deprimida por no haber podido finalizar correctamente la última tarea. Me pesa no haber sido eficiente, que haya dejado alguna pista sin borrar.*

Al día siguiente no entendía nada, ¿por qué en la puerta de la habitación de la dama negra había un policía vigilando? No lo podía concebir hasta que he sido interrogado. Me han enviado a una comisaría cuando daba vueltas delante de su puerta. Ahora soy sospechoso, les parezco muy solitario, un tipo raro, en mi vida hay muchas horas sin justificar. Estoy solo, y eso es sospechoso, me deja sin coartada. Leer no sirve

de coartada, ni siquiera ver la televisión, lo puedo haber grabado. El hombre solitario no tiene coartada, luego es sospechoso de todo lo que ocurra. Dicen que no puedo marcharme de la ciudad, que esté localizable. Me volverán a interrogar más adelante. Me acusan de ser cómplice de la dama negra. No directamente, pero no se fían.

Salí de la comisaría totalmente perdido, desorientado, sin saber hacia donde dirigirme, y quizás por eso entré en el primer bar que encontré y pedí una cerveza. A los pocos minutos, se dirigió hacia mi una persona que se identificó como Carlos. Me dijo que el también había sido interrogado unos minutos antes y por el mismo asunto. Me había visto y quería comentarme algunas cosas. Salimos de allí y caminamos un buen trecho en silencio hasta que llegamos a una discreta cafetería. Abrí los ojos y los oídos todo lo que pude y traté de formar una historia con los datos sorprendentes que me iba facilitando Carlos:

La dama negra es su amiga desde hace muchos años, está empleada como informática en una multinacional pero, además puede llevar una doble vida. Carlos la conoce desde hace muchos años. Bajo un aspecto recatado, sencillo, tímido y muy normal se oculta una personalidad que puede llegar a ser avasalladora, como un huracán, la definió. Así se muestra con sus amistades y en sus correrías durante los fines de semana y en vacaciones. Se transforma en todos los sentidos. Luego vuelve la calma y estamos otra vez con una chica normal que parece que lleva una vida monótona y uniforme, aparentemente. Sólo aparentemente.

Está acusada de haber intentado atropellar con su coche a un ex directivo de una compañía que cerró hace unos meses la fábrica. Despidieron a todos sus trabajadores. Fue noticia en los periódicos, parece ser que fue una quiebra simulada. Uno de tantos casos de corrupción, como siempre muy hábilmente realizado para que nadie pueda denunciar nada. La dama negra tenía amigos en esa fábrica, le habían contado lo que allí ocurría. Se venden los futuros pedidos de los clientes a otro fabricante y se desvía el negocio. Al final, es necesario cerrar por falta de negocio. Nada nuevo, lo han hecho tantas veces... Los terrenos de la fábrica se recalifican y en unos años se construyen cientos de viviendas. Negocio redondo, salvo para los trabajadores, que quedan en la calle.

Carlos temía que la acusación fuera cierta, la dama negra a veces se movía por los bordes de la legalidad, desaparecía con facilidad sin dar explicaciones a nadie. Tenía sus sospechas por otros sucesos nunca aclarados. Yo tenía que apoyarla, no debía decir nada. Había metido la pata queriendo conocerla en el peor momento, ahora pasaría un mal rato hasta que la policía aclarara todo. La dama negra no aguanta la injusticia, se rebela contra todo lo que sucede a su alrededor. Su sentido de la justicia y de la ética impresionan cuando habla, en contados casos. No confía en la gente ni en las organizaciones, solo cree en sus propias fuerzas. Eso dice Carlos, yo escucho en silencio y ya no sueño. Me pide que no hable, que no diga nada a la policía, con eso será suficiente.

No me importa nada. La realidad ha roto los sueños por donde menos lo podía esperar. Los sueños, sueños son. Ahora, durante un tiempo, tendré que dormir y soñar con los ojos abiertos, estar muy atento. Yo no diré nada si me acusan de ser su cómplice, es posible que así su condena sea menor. No me importa perder el trabajo,

ahora sé que además de soñar puedo vivir. Hay muchas maneras de vivir. Ya no tengo necesidad de soñar, ahora tengo que vivir y estar a la altura de los sueños. Escucho a Joaquín Sabina en un viejo transistor y pienso en esta canción, “a la orilla de la chimenea”, ya muy vieja, pero que hoy me sirve, me consuela:

*O tal vez esa sombra*  
*que se tumba a tu lado en la sombra*  
*a la orilla de la chimenea*  
*a esperar que suba la marea*

Me gusta este estribillo.